

atacar en los territorios mismos que poseian, y empujarlos mas allá y alejarlos mas y mas, plantando de nuevo la cruz en esa Palestina que la cimitarra habia subyugado al imperio de la Media Luna. Esta fué la ocasion de reemplazar las acciones humillantes y los cánones rigurosos de la penitencia, que ya no estaban en uso, con ejercicios militares tan meritorios en su objeto y tan admirables en sus resultados. No eran ya aceptadas con ardor las expiaciones antiguas; y los verdaderos fieles debieron alegrarse de que los tibios, que habrian venido á parar en rechazar toda expiacion, se reanimasen antes bien abrazando por via de dispensa y de conmutacion los peligros y trabajos de las cruzadas, y derramando su sangre por conquistar una tierra consagrada con la sangre del Hijo de Dios.

Habiendo prevalecido pues por la fuerza misma de las cosas las ideas de conmutacion, puesto que costumbres nuevas requerian nueva disciplina, cuando ya no hubo medio de entrar á mano armada en la tierra y ciudad Santas, se obtuvo de los infieles, á fuerza de dinero, la facultad de ir allí en peregrinacion; por manera, que los peligros de las guerras se convirtieron de este modo en las fatigas de lejanas peregrinaciones; género de expiacion cuyo mérito no puede ponerse en duda por ninguno que obre de buena fé.

No es esto decir que las peregrinaciones no cuenten un origen mas antiguo; pero hasta entonces no habian aparecido pueblos en masa cubriendo sin cesar el camino de los Lugares Santos, con el mismo celo con que poco antes habian caminado por él con las armas en la mano. Y los peregrinos corrian, no solo á los lugares santificados por la muerte del Salvador, sino tambien á los sepulcros de los Santos Apóstoles, á Santiago de Galicia, á las estremidades de la Iberia y á las provincias mas incultas del Norte, donde con nuevas cruzadas se habian establecido nuevos conquistadores y nuevos colonos.

No son, no, las cruzadas ni las peregrinaciones las que hicieron abolir abusivamente las penitencias canónicas; antes al contrario, porque habian dejado de estar generalmente en vigor las leyes penitencia-

les debieron ser aceptados por la Iglesia los ejercicios militares y los piadosos viajes como plausibles compensaciones en armonía con las costumbres de aquella época.

A aquellos de quienes no podian esperarse reparaciones de esta naturaleza, se les imponian otras satisfacciones, por ejemplo, ofrendas, oracion y limosnas; satisfacciones que solo eran declaradas eficaces por la Iglesia cuando iban acompañadas de una conversion sincera y verdadera, porque sin esta conversion, sin esta renovacion del hombre interior jamás ha sostenido la Iglesia que se pudiese recobrar la inocencia y renacer á la virtud.

Así, pues, resulta que si bien varió el modo de la reparacion, no por eso la expiacion dejó de ser tan positiva como antes.

Por tanto, nadie debe dejarse alucinar por las declamaciones de historiadores como Fleury y sus imitadores que con tanta afectacion deploran la decadencia de las penitencias canónicas con el fin de sugerir, por medio de esos desmedidos elogios de la excelencia de los tiempos antiguos, ideas falsísimas acerca de la inferioridad de los tiempos modernos comparados con aquellos (1).

La cuarta y última edad reclama de nosotros un cuidado particular. Como se acerca á los tiempos en que vivimos, se nos presentan en mayor abundancia hechos mucho mas conocidos, ó con circunstancias que exigen mas ilustracion. Mas no teman por esto nuestros lectores que sacrifiquemos cosa alguna interesante, por seguir un método igual y simétrico con el de las épocas anteriores y por afectar una brevedad mal entendida. En estos últimos siglos así como en los que les preceden inmediatamente pueden suprimirse no pocas cosas, aunque no sea mas que los retratos y elogios de un sin número de personas de mérito subalterno ó fingido, tan indiferentes para nosotros como venerados de los escritores de partido. ¿Qué nos importan, ó qué interesan al cristiano humilde aquellos declamadores vengingleros que se erigian en reformadores con tanta mayor audacia, cuanto el papel que representaban no era bastante visible para que cayesen sobre ellos los golpes de

(1) Véase la *Disertacion* de Marchetti que va al fin de este tomo.

la reforma? Desde los preliminares del Concilio de Pisa hasta la conclusion del de Florencia, ¿cuánto no se vociferó y hasta se escandalizó con harta frecuencia con aquel sedicioso clamoreo sobre la decadencia del espíritu de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros? ¿Cuántas lágrimas no debemos verter todavía á vista de la funesta revolucion que hicieron en los ánimos, contra el respeto debido al episcopado y á sus santas asambleas? Edad de reforma puede llamarse esta, ya por la manía que agitó al principio infructuosamente á una cetera orgullosa de censores sin mision, ya por el restablecimiento efectivo del orden ó de aquella disciplina fundamental íntimamente enlazada con el espíritu del Evangelio, la cual puede tener sus dias de gloria y de decadencia; pero que jamás se extinguirá. ¿Y quién sobre este particular no hará la merecida justicia á los Padres del Concilio de Trento? No es nuestro ánimo examinar ahora la gratitud que la Iglesia nuestra madre profesa, y todos nosotros debemos profesar, á estos dignos oráculos del Espíritu Santo; llevamos ánimo de añadir en cada parte de nuestra *Historia* un discurso sobre cada edad de la Iglesia, y dejámos para entonces el conocimiento de las inestimables utilidades que este santo Concilio ha proporcionado al mundo cristiano. Observemos solo en este lugar el estado de la Iglesia en nuestros dias, la honestidad del clero, el vigor de las leyes que la mantienen, y la infamia que llevan consigo los vicios contrarios, y comparemos todo esto con aquellos tiempos desventurados en que el concubinato de los clérigos, por ejemplo, no era notado con toda la infamia que se merece, ni les privaba del honroso ministerio de los altares, ni del libre goce de sus rentas. Hecho este paralelo, ¿quién no confesará que Jesucristo nunca abandona á su Esposa, aunque á veces pruebe su fortaleza; que el curso de los siglos no causa arruga alguna en la frente de la Iglesia, ni marchita su hermosura; y en fin, que la santidad es uno de sus dones tan permanente como la verdad misma?

Mostrar en esta obra la proteccion perpetua del Señor sobre toda su grey, la

santidad de la Iglesia y su infalibilidad, su hermosura y esplendor hasta en los tiempos de mayores tinieblas y á pesar de las muchas que desfiguraron á no pocos de sus miembros, tal es nuestro designio. Nada es mas propio para encender ó inflamar nuestra fé, y comunicarla aquel grado de vida y vigor, sin el cual este don nos serviria de mas rigurosa condenacion; á pesar de ser siempre fecundo, fecundo por su naturaleza en frutos de bendicion y salud, ó fecundo por nuestra culpa en frutos de perdicion y de muerte.

¿Y en qué época se ostentó de una manera mas notable y al mismo tiempo mas eficaz la proteccion divina, que en estos últimos tiempos que Beraul-Bercastel no pudo describir y que serán la materia de nuestra continuacion? ¿Miras adorables las de la Providencia! Cuanto con mayor violencia habia sido combatida la Cátedra de San Pedro por el cisma y por la heregia, tanto mas completo ha sido el triunfo del Papado. En el momento mismo en que los esfuerzos de sus enemigos, cual encrespadas olas de un mar embravecido, parecian irle á derribar y sumergir, iban á estrellarse vergonzosamente á sus pies. Y esa Francia que los incrédulos, herederos de los falsos doctores que se habian sublevado contra la infalibilidad y primado de jurisdiccion del Papa, habian creído separar para siempre del centro de la unidad; esa Francia, donde el poder temporal habia abrigado sentimientos de desconfianza contra el Padre comun de los fieles, y negado tantas veces los supremos derechos de su Silla; esa misma Francia, si despues de la tempestad ha visto reconstituida su Iglesia, ha sido por un acto soberano del Pontífice, cuya autoridad osaba poco antes poner en duda. Así es que vuelta por esperiencia al camino de la verdad, va de dia en dia deponiendo mas y mas sus prevenciones, y ya tiene á mucho honor el mostrarse con su obediencia la primera oveja del rebaño que pastorea el supremo Pastor: *unus Pastor, unum ovile*. Al recorrer, pues, las últimas páginas de nuestra obra, no podrá menos de apreciarse toda la utilidad de la *Historia Eclesiástica*.

Nuestros lectores juzgarán de las cualidades de esta obra: pero pueden estar se-

guros de que nada diremos que no lo creamos conveniente para la comun utilidad. Debe tenernos en alarma contra todo espíritu de ambicion ó vanagloria lo grandioso del asunto que vamos á tratar: y solamente la necesidad de recordar, al menos á los lectores cristianos, los rectos principios del buen gusto y de la sana lógica nos mueve á decir dos palabras sobre la sencillez del estilo y del método que hemos creído ó nuestra obligacion seguir. Todo debe ser noble y sencillo en una materia tan santa; no se nos oculta que para conseguir con mas seguridad la comun edificacion es necesario agrandar; pero esto ha de ser siempre segun las leyes de la verdad, de la sencillez y de la sana razon. Un lector juicioso conoce en solo el estilo, si se trata de divertirle ó de enseñarle cosas útiles. Ha de persuadirse un autor que el pretesto de la piedad no autoriza para abandonarse á la negligencia, y que si su estilo debe ser esacto y correcto, debe ser al mismo tiempo natural y juicioso. Por muy inclinado que sea nuestro siglo á la hinchazon y excesiva finura en todo género, aunque se haya propagado en la república de las letras la epidemia del language epigramático ó sentencioso, de la energía hinchada ó de la afectacion pueril; en una palabra, el brillo falso de los pensamientos y la novedad forzada de las espresiones, no ha sido tan general el contagio en unos tiempos tan inmediatos al siglo mas florido de nuestra literatura, que vayan los lectores cristianos á mirar con desden una obra libre del afectado colorido de los corruptores del buen gusto y de los enemigos de la Religion. No hemos imitado á estos ni en el estilo ni en el método; en uno y otro hemos creído deber conformarnos con la práctica de los antiguos. Porque por mas que en el dia se desfigure todo género de composicion literaria; por mas que se traten en tono de cuentos frívolos los puntos mas graves de la historia y los hombres de Estado se conviertan en moralistas ó declamadores romancescos; por mas que se dividan los fastos de la Iglesia y de los imperios en secciones y párrafos, confesamos que nuestro talento no alcanza á interesar la atencion de los lectores conduciéndolos por sendas

desconocidas á toda la antigüedad. No por esto condenamos el celo ingenioso que se acomoda hasta cierto punto con la flaqueza de los lectores, ni censuramos en general la manera nueva de poner la historia de cada siglo reducida á cinco ó seis puntos principales. Este método puede muy bien emplearse en un compendio conciso, y sirve para hallar mas fácilmente los hechos, y refrescar la memoria de lo que ya se sabe ó se ha leído en otras obras. Pero seria grande abuso proponer tal método como una feliz invencion, y quererle sustituir al de todos los grandes historiadores que no conocieron mas orden que el de los tiempos y acaecimientos. Como ellos, creimos que tal método nos precisaria á cortar los hechos y quitar á la Historia todo su interés y hermosura, ó á caer en fastidiosas repeticiones que no se podrian tolerar ni aun con todo el adorno de la elocucion, como nos seria muy fácil demostrar. Mas baste lo dicho para dar razon de nuestro proceder, y para preparar los ánimos á los fines propuestos, que no son otros que la gloria de la Iglesia y la edificacion de nuestros hermanos. ¡Quiera el cielo que finalicemos nuestra empresa con la misma sencillez y rectitud de intencion que acabamos de esponer!

Nada se recomienda tanto á los que quieren sacar un fruto sólido de la lectura de la historia como el tener á la mano unas tablas cronológicas: podrian servir de modelo algunos compendios históricos bien recibidos del público; pero será mucho mejor y mas cómodo hallar en una misma obra reunidas todas estas ventajas. Por esto, ademas de los bien circunstanciados sumarios del contenido de cada libro, añadimos tambien á cada tomo unas tablas cronológicas, con cuyo auxilio se presentan á un golpe de vista los hechos mas importantes y en las cuales se hallará la série de los Papas, de los concilios, de los autores eclesiásticos, de los hereges, etc. Este era el verdadero modo de hacer mas cómoda y usual nuestra obra. Ademas de esto, como ordinariamente al abrir un libro desagrada el no ver al punto á qué tiempo pertenecen los acontecimientos cuya narracion se tiene á la vista, hemos facilitado su busca, poniendo á la cabeza de las pá-

ginas las fechas principales, si bien debemos advertir que solo han de considerarse como fechas corrientes ó aproximativas; solamente aquellas que no están repetidas ó que por primera vez se ponen á la cabeza de la página, indican *siempre* la época generalmente cierta de los hechos que acompañan.

Convencidos de que el uso de las notas, llevado hasta el exceso en nuestros dias, aminora el interés de la lectura principal, y aun hace oscuro el testo y deja dudoso al lector que muchas veces no se digna leerlas, hemos cuidado de que en esta obra sean poco necesarias, á ejemplo de los antiguos, cuyo language claro y sencillo no necesitaba ulteriores nociones para su inteligencia, á lo menos entre sus contemporáneos.

Temeríamos igualmente interrumpir la atencion poniendo una multitud de citas. Nuestro objeto no es hacer eruditos á los lectores, y creemos que para el mayor número bastará prevenirles que habitualmente nos valemos de las mismas fuentes donde bebieron su doctrina todos los buenos autores; y cuando juzguemos que hay razones poderosas para apartarnos de las opiniones adoptadas por costumbre, por preocupacion y sin un exámen suficiente, ó cuando la lectura de algun pasage extraordinario pueda ocasionar dudas ó una racional curiosidad, entonces no dejaremos de citar con la mayor escrupulosidad los que nos hayan servido de guias y nos sirvan de fiadores.

Resumamos en pocas palabras esta introduccion.

En nuestra obra se refiere la Historia de la Iglesia por orden cronológico, con claridad y precision: nos hemos propuesto ponerla por su justa proporeion, por su método y su sencillez, al alcance de los simples fieles. Mas como al mismo tiempo nos dirigimos tambien á los jóvenes que se educan en los seminarios; hemos procurado constantemente hacer resaltar la histo-

ria del dogma y de la disciplina, indicar los libros ó disertaciones que tratan con estension las dificultades dogmáticas ó históricas que á las veces se encuentran, y acompañar ciertos hechos con algunas observaciones sacadas de los teólogos de mas nota, á fin de mostrar el encadenamiento de la tradicion desde los primeros siglos hasta nuestros dias, y de insistir con mas fuerza en algunos puntos importantes. Por eso nos hemos valido y tomado tanto de Baronio, Marchetti (1), Muzzarelli (2) y otros muchos; y por eso tambien hemos acudido algunas veces á las fuentes antiguas para sacar de ellas testimonios que no se habrian aceptado con tanta confianza de parte de los modernos.

Tal es el plan de esta *Historia general de la Iglesia*, la cual en su rápida marcha abrazará todos los hechos de alguna importancia, enlazará y coordinará en su conjunto los rasgos separados del gran cuadro, y servirá (asi al menos lo esperamos) para mantener y fomentar en los seminarios el gusto y aficion á los estudios históricos.

Nada hemos omitido para dar á esta obra todo el interés que se merece, y sobre todo para hacerla útil. Ofrecémosla por tanto confiadamente al clero á fin de que en ella beba, con el conocimiento de las verdades que mas le importa conocer, la mas viva é inviolable adhesion á esa Iglesia santa que él está destinado á servir. Léala sin temor, pues en la composicion de este libro hemos tomado por guias acreditados historiadores y escritores ortodoxos; y si nuestra obra no tiene el peligroso mérito de presentar nuevos descubrimientos ó de fomentar sistemas, tiene en cambio el sólido mérito de estar escrita con miras católicas y con la mas profunda aversion á todo lo que huele á cisma ó heregia.

(1) *Critica de la Historia Eclesiástica* de Claudio Fleury por el doctor J. Marchetti, individuo de la Academia católica de Roma, arzobispo de Ancira, asistente al sólo pontificio, etc.

(2) *Opúsculos* del canónigo Muzzarelli, teólogo de la Sagrada Penitenciaría.